

Hisaye Yamamoto “El ómnibus de Wilshire” (1950)¹

El Boulevard Wilshire comienza cerca del centro de Los Angeles y, excepto por unas pocas digresiones que no vale la pena mencionar, se dirige directo a la costa del Océano Pacífico. Es un bulevar ancho y el tránsito es bastante rápido. En su mayor parte, a cada lado lo bordean ejemplos de la arquitectura más reciente que favorece el uso abundante del vidrio. Sin embargo, cuando el bulevar se acerca al mar, el paisaje se hace un poco más pastoril, de modo que la universidad y el Hogar de Veteranos tienen la apariencia de enormes fincas campestres.

Esther Kuroiwa llegó a conocer bastante bien la zona cuando su esposo Buro estuvo internado en uno de los hospitales del Hogar de Veteranos. Se habían casado hacía menos de un año cuando la espalda de su esposo, lesionada en la guerra, comenzó a darle problemas nuevamente viéndose forzado a hacerse un tratamiento de tres meses en Sawtelle antes de poder volver a trabajar. Durante este tiempo, a Esther se le permitía visitarlo dos veces a la semana y usualmente tomaba el ómnibus amarillo los miércoles porque no sabía conducir y porque sus amigas no podían llevarla excepto los domingos. Siempre disfrutaba muchísimo el largo viaje en ómnibus ya que sus compañeros de asiento comúnmente resultaban ser amables, y si no lo eran, ella obtenía un placer vicario en observar la casi ilimitada elegancia a lo largo de la fabulosa calle.

Fue en uno de estos viajes de los miércoles que Esther cometió un grave pecado de omisión que la haría luego estallar en lágrimas, y que por mucho tiempo después le producía un agudo desasosiego cada vez que algo le recordaba el suceso.

Un hombre subió al ómnibus bastante temprano y Esther lo observó brevemente mientras él entraba porque le dijo en broma al conductor: “¡Ladrón. Todos lo que ustedes hacen es sacarme dinero todos los días, sólo para llevarme por un rato!”

Buenmozo, de rostro rubicundo, cabello levemente encanecido, de altura media, y vestido con un traje sport gris oscuro y una camisa floreada negra y amarilla, pronunció la frase con una voz agradable y resonante, que produjo una serie de risitas ahogadas a lo largo del vehículo. A Esther le hizo gracia, lo clasificó de somatotónico² y pronto se olvidó de él. Y ya que estaba sentada sola en el primer asiento común, mirando hacia la espalda del conductor, y los dos asientos delanteros enfrentados, volvió a mirar por la ventana.

En la siguiente parada se amontonó una considerable masa de gente y los dos últimos en subir fueron un anciano oriental y su esposa. Ambos estaban vestidos con cuidado y sobriedad y la mujer, que llevaba el cabello recogido en un rodete y un ramo de crisantemos amarillo y rojo oscuro, se sentó con Esther. Esther volteó la cabeza para sonreírle (bien, aquí estamos, orientales juntos en un ómnibus), pero la mujer estaba mirando, con algo de preocupación, a su marido que estaba preguntándole alguna dirección al conductor.

Su inglés tenía una inflexión que le hizo pensar a Esther que probablemente era chino, y observó que tuvo que repetir la pregunta varias veces antes que el conductor pudiera contestarle. Entonces vino a sentarse en el asiento del otro lado del pasillo. Fue más o menos entonces que la voz de un hombre, que Esther reconoció enseguida como perteneciente al somatotónico, comenzó un monólogo en voz alta en el asiento justo detrás de ella. No era realmente un monólogo, ya que parecía estar dirigiéndose a su compañero de asiento, pero no se escuchó que esta persona le diera respuesta alguna. El hombre hablaba acerca de una figura del mundo deportivo local que tenía una buena fortuna invertida en varios de los edificios relucientes junto a los cuales pasaba el ómnibus.

¹ Traducción de Gabriel Matelo

² (Psicología) Extrovertido y agresivo. [N del T.]

Literatura Norteamericana

“Es un tacaño, de los peores,” dijo el hombre. “¡No tira la cáscara...” Se detuvo para reformular la metáfora, “no come huevos, para no tirar la cáscara!”

Y siguió en la misma tesitura, discutiendo la vida privada del deportista famoso con tanta franqueza que Esther supo que debía estar bastante borracho. Pero escuchaba con interés, preguntándose cuánto de esta diatriba era verdad, ya que la leyenda pública acerca del deportista ponía énfasis en su caridad. De repente, la mujer con los crisantemos se dio vuelta para mirar al que hablaba y Esther percibió que lo examinaba brevemente pero con intensidad antes de darse vuelta.

“¿Así que le molesta, no?” Preguntó el hombre, y pasó un segundo antes de que Esther se diera cuenta de que se estaba dirigiendo a la mujer a su lado.

“Bueno, si no le gusta,” continuó, “por qué no se baja del ómnibus, por qué no vuelve al lugar de donde vino? ¿Por qué no se vuelve a China?”

Entonces, su voz se hizo más jovial, como si estuviera seguro del apoyo de la gente en el ómnibus, al menos en esto, y empezó a adornar su tema con una nueva elocuencia. “¿Por qué no se vuelve a China, donde pueden ser *culis*³ trabajando descalzos en los campos de arroz? Pueden dejarse crecer el pelo y hacerse trenzas todo lo que quieran en China. E’ lo mi’mo, mama, no ticket, no camisa. ¡Ah, bonita, no ticket, no camisa!”

Se rió a carcajadas con placer y parecía que miraba alrededor buscando aprobación en la gente. Luego algún recuerdo hizo que se lanzase con una nueva idea “O si no, ¿por qué no se vuelvan a Trinidad? Tiene amarillos allí manejando todo el negocio de la prostitución en Trinidad. A cada lugar que vas en Trinidad...”

Mientras seguía hablando, Esther, fingiendo mirar por la ventana, sentía la tensión en el cuerpo de la mujer a su lado. Lo único que le temblaba eran los crisantemos por el movimiento del ómnibus. Sin darse vuelta, Esther también fue consciente de que un hombre, de mirada afable, un tanto calvo y con anteojos, en uno de los asientos delanteros sonreía a la mujer y sacudía la cabeza con pesar simpatizando con ella, pero Esther dudó de que la mujer lo viera.

Esther misma, creyéndose apropiadamente enojada con el hablante ella misma y apenada por la pareja de ancianos, se sintió bastante indiferente. Se encontró a sí misma preguntándose si el hombre la incluía a ella o si era identificablemente japonesa. Por supuesto, no estaba lo suficientemente sobrio como para interesarse en distinciones tan finas, pero sí importaba, decidió ella, porque ella era japonesa, no china, y por tanto inmune en el presente caso. Entonces se sorprendió al darse cuenta que lo que realmente estaba haciendo era regodearse en el hecho de que el borracho había especificado a los chinos como indeseables.

Brevemente flotó en su memoria el rostro de un anciano oriental a quien había visto una vez en un tranvía mientras iba de su casa al trabajo. (No fue mucho después de que ella regresara a Los Angeles del campo de concentración en Arkansas y había sido lo suficientemente afortunada como para conseguir un trabajo de oficinista). El anciano se encontraba en la plazoleta de concreto en la Séptima y Broadway, esperando el tranvía. Ella lo había mirado benignamente como a un compatriota oriental, pero entonces de repente se quedó helada al ver la leyenda que el hombre tenía en un distintivo en la solapa de su saco. SOY COREANO, decía el distintivo.

Se sintió enojada, luego desolada y traicionada. En verdad, lo racional en ella le preguntaba si, dadas las circunstancias, ella misma no habría usado un distintivo como ese. Había oído rumores de que había distintivos que decían SOY CHINO. Entonces, era verdad, ¿por qué no habría de

³ Culí o culi, apelativo utilizado para designar a los cargadores y trabajadores contratados con escasa cualificación de la India, China y otros países asiáticos. También se utilizó para nombrar a los emigrantes de esos países que eran contratados en las colonias británicas, francesas y holandesas. [N del T]

haber también distintivos con la leyenda SOY COREANO? Irónicamente, deseó un distintivo que dijera SOY JAPONESA, con el único propósito de llamarle la atención al hombre acerca de eso: “¡Míreme!”. Pero quizás el hombre no hablaba inglés, quizás había sido amenazado, quizás no lo había hecho él; sus hijos, preocupados, lo habían urgido a usar el distintivo.

Tratando de lidiar con su mezquindad moral, se volvió hacia la mujer y le sonrió por encima de los crisantemos, sacudiendo la cabeza un poco para enviarle el mensaje (no le preste atención a ese estúpido borracho, no sabe lo que dice, es mejor que lo tomemos con calma). Pero la mujer, en vez de mirarla, puso una cara tan impasible y sin embargo tan fría, y los ojos tan sin expresión pero al mismo tiempo tan hostiles, que el intento de Esther se deshizo en nada.

OK, OK, si esa es la manera en que usted se siente..., pensó para sí misma. Entonces el ómnibus se detuvo en otra parada y oyó que el hombre proclamaba resonante: “¡Así que vuelen, todos ustedes, y recuerden llevarse a sus negritos de ojos rasgados!”. Este fue su último consejo mientras se bajaba por la puerta del medio. El ómnibus permaneció en la parada lo suficiente como para que Esther pudiera mirar al hombre cruzar la calle con un paso levemente inseguro. Entonces, mientras se ponían en movimiento de nuevo, el hombre de los anteojos se puso de pie y fue a darle un torpe discurso a la pareja de chinos y posiblemente a Esther. “Quiero que sepan”, dijo, “que no todos somos como ese hombre. No opinamos como él. Creemos que Estados Unidos es un crisol de todo tipo de gente. Yo mismo soy de origen escocés y francés.” Con eso, se adelantó y le dio la mano al anciano chino.

“Y usted, joven,” le dijo a la niña detrás de Esther, “merece un Corazón Púrpura o algo por el estilo por haber tenido que soportar estar sentada al lado de ese hombre.”

Entonces él también descendió.

Por el resto del viaje no ocurrió nada de importancia y Esther siguió mirando por la ventanilla con ojos que no veían. Bajándose finalmente en el Hogar de Veteranos se dio cuenta de que la pareja china se bajaba allí también, pero evitó mirarlos. Entonces, mientras se dirigía muy rápido caminando hasta el hospital donde estaba Buro, le surgieron a la mente algunas palabras que una vez había leído y la seguían sacando de quicio: la gente suele decir, ‘no hagas caso de lo que dice, está borracho’. Quizás fuera esa la única vez en que había que hacerles caso.

Las palabras se le repitieron a sí mismas hasta que la indiferencia que la había resguardado desapareció totalmente y se sintió llena una vez más en su vida de una sensación enfurecedora de indefensión, de rabia insidiosa, de que no hubiera nada sólido en el mundo que pudiera vislumbrar, nada sólido de donde agarrarse, nada sólido al que aferrar los dientes, nada sólido.

Cuando llegó a la habitación de Buro y vio su rostro que le daba la bienvenida, corrió a la cama y rompió en sollozos que no pudo controlar.

Buro estaba sorprendido porque no era su primera visita y ella nunca había mostrado tanta debilidad antes, pero resolviendo el misterio con destreza, le palmeó la cabeza, miró a sus compañeros de cuarto con suficiencia, y le preguntó con ternura, “¿Qué pasa? ¿Me extrañaste mucho, no?” y ella, finalmente secándose los ojos, sorbió su nariz, asintió con la cabeza y sonrió valientemente, y le contestó con la pregunta: “Sí, ¿qué tontas que somos las mujeres?”

Hisaye Yamamoto “Wilshire Bus” (1950)

Wilshire Boulevard begins somewhere near the heart of downtown Los Angeles and, except for a few digressions scarcely worth mentioning, goes straight out to the edge of the Pacific Ocean. It is a wide boulevard and traffic on it is fairly fast. For the most part, it is bordered on either side with examples of the recent stark architecture which favors a great deal of glass. As the boulevard approaches the sea, however, the landscape becomes a bit more pastoral, so that the university and the soldiers' home there give the appearance of being huge country estates.

Esther Kuroiwa got to know this stretch of territory quite well while her husband Buro was in one of the hospitals at the soldiers' home. They had been married less than a year when his back, injured in the war, began troubling him again, and he was forced to take three months of treatments at Sawtelle before he was able to go back to work. During this time, Esther was permitted to visit him twice a week and she usually took the yellow bus out on Wednesdays because she did not know the first thing about driving and because her friends were not able to take her except on Sundays. She always enjoyed the long bus ride very much because her seat companions usually turned out to be amiable, and if they did not, she took vicarious pleasure in gazing out at the almost unmitigated elegance along the fabulous street.

It was on one of these Wednesday trips that Esther committed a grave sin of omission which caused her later to burst into tears and which caused her acute discomfort for a long time afterwards whenever something reminded her of it.

The man came on the bus quite early and Esther noticed him briefly as he entered because he said gaily to the driver, "You robber. All you guys do is take money from me every day, just for giving me a short lift!"

Handsome in a red-faced way, greying, medium of height, and dressed in a dark grey sport suit with a yellow-and-black flowered shirt, he said this in a nice, resonant, carrying voice which got the response of a scattering of titters from the bus. Esther, somewhat amused and classifying him as a somatotonic, promptly forgot about him. And since she was sitting alone in the first regular seat, facing the back of the driver and the two front benches facing each other, she returned to looking out the window.

At the next stop, a considerable mass of people piled on and the last two climbing up were an elderly Oriental man and his wife. Both were neatly and somberly clothed and the woman, who wore her hair in a bun and carried a bunch of yellow and dark red chrysanthemums, came to sit with Esther. Esther turned her head to smile a greeting (well, here we are, Orientals together on a bus), but the woman was watching, with some concern, her husband who was asking directions of the driver.

His faint English was inflected in such a way as to make Esther decide he was probably Chinese, and she noted that he had to repeat his question several times before the driver could answer it. Then he came to sit in the seat across the aisle from his wife. It was about then that a man's voice, which Esther recognized soon as belonging to the somatotonic, began a loud monologue in the seat just behind her. It was not really a monologue, since he seemed to be addressing his seat companion, but this person was not heard to give a single answer. The man's subject was a figure in the local sporting world who had a nice fortune invested in several of the shining buildings the bus was just passing.

"He's as tight-fisted as they make them, as tight-fisted as they come," the man said. "Why, he wouldn't give you the sweat of his..." He paused here to rephrase his metaphor, "...wouldn't give you the sweat off his palm!"

Literatura Norteamericana

And he continued in this vein, discussing the private life of the famous man so frankly that Esther knew he must be quite drunk. But she listened with interest, wondering how much of this diatribe was true, because the public legend about the famous man was emphatic about his charity. Suddenly, the woman with the chrysanthemums jerked around to get a look at the speaker and Esther felt her giving him a quick but thorough examination before she turned back around.

"So you don't like it?" the man inquired, and it was a moment before Esther realized that he was now directing his attention to her seat neighbor.

"Well, if you don't like it," he continued, "why don't you get off this bus, why don't you go back where you came from? Why don't you go back to China?"

Then, his voice growing jovial, as though he were certain of the support of the bus in this at least, he embroidered on this theme with a new eloquence, "Why don't you go back to China, where you can be coolies working in your bare feet out in the rice fields? You can let your pigtails grow and grow in China. Alla samee, mama, no tickee no shirtee. Ha, pretty good, no tickee no shirtee!"

He chortled with delight and seemed to be looking around the bus for approval. Then some memory caused him to launch on a new idea "Or why don't you go back to Trinidad? They got Chinks running the whole she-bang in Trinidad. Every place you go in Trinidad..."

As he talked on, Esther, pretending to look out the window, felt the tenseness in the body of the woman beside her. The only movement from her was the trembling of the chrysanthemums with the motion of the bus. Without turning her head, Esther was also aware that a man, a mild-looking man with thinning hair and glasses, on one of the front benches was smiling at the woman and shaking his head mournfully in sympathy, but she doubted whether the woman saw.

Esther herself, while believing herself properly annoyed with the speaker and sorry for the old couple, felt quite detached. She found herself wondering whether the man meant her in his exclusion order or whether she was identifiably Japanese. Of course, he was not sober enough to be interested in such fine distinctions, but it did matter, she decided, because she was Japanese, not Chinese, and therefore in the present case immune. Then she was startled to realize that what she was actually doing was gloating over the fact that the drunken man had specified the Chinese as the unwanted.

Briefly, there bobbed on her memory the face of an elderly Oriental man whom she had once seen from a streetcar on her way home from work. (This was not long after she had returned to Los Angeles from the concentration camp in Arkansas and been lucky enough to get a clerical job with the Community Chest.) The old man was on a concrete island at Seventh and Broadway, waiting for his streetcar. She had looked down on him benignly as a fellow Oriental, from her seat by the window, then been suddenly thrown for a loop by the legend on a large lapel button on his jacket. I AM KOREAN, said the button.

Heat suddenly rising to her throat, she had felt angry, then desolate and betrayed. True, reason had returned to ask whether she might not, under the circumstances, have worn such a button herself. She had heard rumors of I AM CHINESE buttons. So it was true then; why not I AM KOREAN buttons, too? Wryly, she wished for an I AM JAPANESE button, just to be able to call the man's attention to it, "Look at me!" But perhaps the man didn't even read English, perhaps he had been actually threatened, perhaps it was not his doing — his solicitous children perhaps had urged him to wear the badge.

Trying now to make up for her moral shabbiness, she turned towards the little woman and smiled at her across the chrysanthemums, shaking her head a little to get across her message (don't pay any attention to that stupid old drunk, he doesn't know what he's saying, let's take things like

this in our stride). But the woman, in turn looking at her, presented a face so impassive yet cold, and eyes so expressionless yet hostile, that Esther's overture fell quite flat.

Okay, okay, if that's the way you feel about it, she thought to herself. Then the bus made another stop and she heard the man proclaim ringingly, "So clear out, all of you, and remember to take every last one of your slant-eyed pickaninnies with you!" This was his final advice as he stepped down from the middle door. The bus remained at the stop long enough for Esther to watch the man cross the street with a slightly exploring step. Then, as it started up again, the bespectacled man in front stood up to go and made a clumsy speech to the Chinese couple and possibly to Esther. "I want you to know," he said, "that we aren't all like that man. We don't all feel the way he does. We believe in an America that is a melting pot of all sorts of people. I'm originally Scotch and French myself." With that, he came over and shook the hand of the Chinese man.

"And you, young lady," he said to the girl behind Esther, "you deserve a Purple Heart or something for having to put up with that sitting beside you."

Then he, too, got off.

The rest of the ride was uneventful and Esther stared out the window with eyes that did not see. Getting off at last at the soldiers' home, she was aware of the Chinese couple getting off after her, but she avoided looking at them. Then, while she was walking towards Buro's hospital very quickly, there arose in her mind some words she had once read and let stick in her craw: People say, do not regard what he says, now he is in liquor. Perhaps it is the only time he ought to be regarded.

These words repeated themselves until her saving detachment was gone every bit and she was filled once again in her life with the infuriatingly helpless, insidiously sickening sensation of there being in the world nothing solid she could put her finger on, nothing solid she could come to grips with, nothing solid she could sink her teeth into, nothing solid.

When she reached Buro's room and caught sight of his welcoming face, she ran to his bed and broke into sobs that she could not control.

Buro was amazed because it was hardly her first visit and she had never shown such weakness before, but solving the mystery handily, he patted her head, looked around smugly at his roommates, and asked tenderly, "What's the matter? You've been missing me a whole lot, huh?" And she, finally drying her eyes, sniffed and nodded and bravely smiled and answered him with the question, yes, weren't women silly?